



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe  
[www.virgendeguadalupe.org.mx](http://www.virgendeguadalupe.org.mx)

Versión estenográfica de la

Homilía pronunciada por **S.E.R. Mons. Franco Coppola**, Nuncio Apostólico en México, con motivo de la Jornada Mundial de la Paz.

1 de enero de 2019

Como decía al principio de la misa, creo que la mejor manera de empezar el año, es hacer visita a nuestra Madre. La Iglesia lo sabe, nos enseña esto. Por eso el primer día del año está dedicado a la Virgen María, Madre de Dios y nuestra Madre.

Es un día en el cual normalmente –es normal- tenemos delante de todo el otro año. Entonces intercambiamos votos, deseos. La Iglesia sabe que lo que más necesitamos en todo el mundo y también aquí en nuestro país, en México, es la paz, en la paz.

Es por eso que la Iglesia desde más de 50 años ha dedicado el primer día del año como Jornada Mundial de la Paz y el Papa dirige a todos los cristianos, a todos los católicos, a todos los hombres de buena voluntad, un mensaje para ayudarnos a construir esta paz que tanto necesitamos y tanto anhelamos todos.

Pienso que como Nuncio, tengo que hacerme portavoz del Papa, de lo que el Papa dice. Además de mis palabras, también incorrectas muchas veces porque mi español es así, así, es mejor que escuchen ustedes a lo que el Papa dice a todos nosotros hoy.

Este año, él quiso pedirnos de reflexionar sobre un tema: cómo la política puede ser un instrumento muy útil por la paz. Normalmente uno piensa que la política es algo sucio. No, un gran Papa, el Papa san Pablo Sexto, decía que la política puede ser la forma más alta de ejercitar la caridad, porque se puede hacer por el bien de todos, no solo por el bien de una persona, cuando yo hago un gesto de caridad, sino para el bien de toda la ciudadanía.

Todos nosotros tenemos que hacer limpia, digna, nuestra vida política y todos nosotros tenemos un papel a jugar en esto. Todos nosotros como ciudadanos tenemos que hacer limpia, santa, hasta santa nuestra vida política.

Jesús, dice el Papa iniciando su mensaje, Jesús al enviar a sus discípulos de misión les dijo: cuando entren en una casa, decid primero: paz a esta casa. Dar la paz está en el centro de la misión de los discípulos de Cristo y este ofrecimiento está dirigido a todos los hombres y mujeres que esperan la paz, en medio de las tragedias y de la violencia de la historia humana.

La casa mencionada por Jesús es cada familia, cada comunidad, cada país, cada continente, con sus características propias y con su historia. Es sobre todo, cada

persona, sin distinción ni discriminación. También es nuestra casa común el planeta en el que Dios nos ha colocado para vivir y al que estamos llamados a cuidar con interés. Por tanto este es también mi deseo al comienzo del nuevo año: paz a esta casa.

La paz es como la esperanza de la que habla un poeta francés: Charles Péguy. Es como una flor frágil que trata de florecer entre las piedras de la violencia. Sabemos bien que la búsqueda de poder a cualquier precio lleva al abuso y a la injusticia.

La política es un vehículo fundamental para edificar la ciudadanía y la actividad del hombre, pero cuando aquellos que se dedican a ella no la viven como un servicio a la comunidad humana, puede convertirse en un instrumento de opresión, marginación, e incluso de destrucción.

Dice Jesús: quien quiera ser el primero que sea el último de todos y el servidor de todos. En efecto, la función y la responsabilidad política constituyen un desafío permanente para todos los que reciben el mandato de servir a su país, de proteger a cuantos viven en él y de trabajar a fin de crear las condiciones para un futuro digno y justo.

La política, si se lleva a cabo en el respeto fundamental de la vida, de la libertad y de la dignidad de las personas, puede convertirse verdaderamente en una forma eminente de caridad. Es un programa con el que pueden estar de acuerdo todos los políticos de cualquier procedencia cultural o religiosa que deseen trabajar juntos por el bien de la familia humana, practicando aquellas virtudes humanas que son la base de una buena acción política: la justicia, la equidad, el respeto mutuo, la sinceridad, la honestidad, la fidelidad.

A este respecto, merece la pena recordar las bienaventuranzas del político, propuestas por un Cardenal vietnamita: François-Xavier Nguyễn Văn Thuận, fallecido hace 16 años y que fue un fiel testigo del Evangelio. Él decía: bienaventurado el político que tiene una alta consideración y una profunda conciencia de su papel. Bienaventurado el político cuya persona refleja credibilidad. Bienaventurado el político que trabaja por el bien común y no por su propio interés. Bienaventurado el político que permanece fielmente coherente. Bienaventurado el político que realiza la unidad, que busca la unidad, que no divide. Bienaventurado el político que está comprometido en llevar a cabo un cambio radical, porque necesitamos un cambio radical. Bienaventurado el político que sabe escuchar. Bienaventurado el político que no tiene miedo.

Estamos convencidos de que la buena política está al servicio de la paz, respeta y promueve los derechos humanos fundamentales, que son igualmente deberes recíprocos, de modo que se cree entre las generaciones presentes y futuras, un vínculo de confianza y gratitud.

En la política, desgraciadamente junto a las virtudes, no faltan los vicios, debidos tanto a la ineptitud personal, como a distorsiones en el ambiente y en las instituciones. Es evidente para todos, que los vicios de la vida política, restan credibilidad a los sistemas en los que en ella se fundan, así como a la autoridad, a las decisiones y a las acciones de las personas que se dedican a ella.

Estos vicios que socavan el ideal de la democracia auténtica, son la vergüenza de la vida pública y ponen en peligro la paz social. La corrupción en sus múltiples formas

de apropiación indebida de bienes públicos o de aprovechamiento de las personas, la negación del derecho, el incumplimiento de las normas, el enriquecimiento ilegal, la justificación del poder mediante la fuerza o con el pretexto arbitrario de la razón de estado, la tendencia a perpetuarse en el poder, la xenofobia y racismo, el rechazo al cuidado de la tierra, la explotación ilimitada de los recursos naturales por un beneficio inmediato, el desprecio de los que se han visto obligados a ir al exilio.

Cuando el ejercicio del poder político apunta únicamente a proteger los intereses de ciertos individuos privilegiados, el futuro está en peligro. Y los jóvenes pueden sentirse tentados por la desconfianza, porque se ven condenados a quedar al margen de la sociedad, sin la posibilidad de participar en un proyecto para el futuro.

En cambio, cuando la política se traduce concretamente en un estímulo de los jóvenes talentos y de las vocaciones que quieren realizarse, la paz se propaga en las conciencias y sobre los rostros. Se llega a una confianza dinámica, que significa: yo confío en ti y creo contigo en la posibilidad de trabajar juntos por el bien común.

La política favorece la paz, si se realiza por lo tanto, reconociendo los carismas y las capacidades de cada persona. ¿Hay acaso algo más bello que una mano tendida? Ésta ha sido querida por Dios para dar y recibir. Dios no la ha querido para que mate o haga sufrir, sino para que cuide y ayude a vivir. Junto con el corazón y la mente también la mano puede hacerse un instrumento de diálogo. Cada uno puede aportar su propia piedra para la construcción del bien común.

Hoy más que nunca, nuestra sociedad necesita artesanos de paz, que puedan ser auténticos mensajeros y testigos de Dios Padre, que quiere el bien y la felicidad de la familia humana.

La paz, en efecto, es fruto de un gran proyecto que se funda en la responsabilidad recíproca y la interdependencia de los seres humanos. Pero es también un desafío que exige ser acogido día tras día. La paz es una conversión del alma y del corazón y es fácil reconocer tres dimensiones inseparables de esta paz interior y comunitaria. La paz con nosotros mismos, rechazando la intransigencia, la ira, la impaciencia.

Como aconsejaba san Francisco de Sales, teniendo un poco de dulzura consigo mismo para ofrecer un poco de dulzura a los demás. La paz con el otro, el familiar, el amigo, el extranjero, el pobre, el que sufre, atreviéndose al encuentro y escuchando al mensaje que lleva consigo.

La paz finalmente, con la creación, redescubriendo la grandeza del don de Dios y la parte de responsabilidad que corresponde a cada uno de nosotros como habitantes del mundo, ciudadanos y artífices del futuro.

La política de la paz, que conoce bien y se hace cargo de las fragilidades humanas, puede recurrir siempre al Espíritu del Magnificat, que María, Madre de Cristo Salvador y Reina de la Paz, canta en nombre de todos los hombres.

Con María, podemos decir: *su misericordia llega a sus fieles de generación en generación, Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece de los humildes, acordándose de la misericordia como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre.*